

JUAN MURILLO MIRO

Muerto en Quito en la mañana
del 15 de Diciembre de 1900

RASGO NECROLOGICO

POR

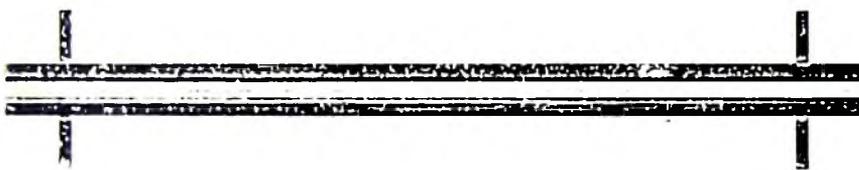
MANUEL J. CALLE.

QUITO

—10101—

Imprenta Nacional

1900



JUAN MURILLO NIÑO.

FUÉ un hombre de bien.
¡Ay! En estos días azarosos en que la honradez y la buena fe son tan escasas en las diversas esferas de actividad social, cuando la lucha por la existencia atropella todos los debe-

res, los estímulos de la ambición ahogan el grito de la propia conciencia y la sinceridad caballerosa es considerada como enmohecida antigualla, ser *un hombre de bien* no sólo es ya una alta recomendación, sino casi un título al reconocimiento de los conciudadanos.

Fué un hombre de bien y un hombre bueno. Sobre la losa de su recién abierta sepultura puede grabarse, á guisa de epitafio y como toda noticia biográfica, estas palabras de la Escritura: *El transiit bene faciendo.*

Sí; *pasó haciendo el bien*: acaso no era en él esto una virtud, sino cuestión de carácter, impulso de un temperamento sano en el cual las pasiones se mantenían en equilibrio armónico y las buenas acciones brotaban espontaneas como florecillas silvestres en terreno fecundado por los rayos de un sol tropical y el beso de las aguas y del viento que le traen de lejos la semilla.

Nunca la exageración del odio ni las amarguras de la envidia turbaron

su sueño: los que estuvieron á su lado en días de combate, los que le acompañaron en sus dolores y supieron el secreto de sus esperanzas, pueden atestiguarlo completamente.

Él ha muerto: ¡séale la tierra ligera!

A los que quedamos del lado de acá de la tumba y fuimos sus amigos, quédanos el deber de manifestar á la sociedad ecuatoriana que pierde un hombre útil; á la patria, un ciudadano laborioso, á la política, un combatiente bueno y leal que hizo cuanto pudo en su no corta existencia por eliminar el rencor y la animosidad en las luchas de los partidos y dar ejemplo de desinterés y sacrificio personal.

IN la ciudad de Guayaquil y á mediados del siglo que terminavió la luz del día el Sr. D. **Juan Murillo Miro**. Hijo de padres honrados, aunque no de gran fortuna y perteneciente á una familia comercial, desde muy joven sintió la necesidad del propio esfuerzo para aligerar la carga de la vida, y, terminados sus primeros estudios, se dedicó al comercio como arrastrado por vocación irresistible.

El y sus hermanos se pusieron bravamente á la obra, y no pasaron muchos años sin que los buenos re-

sultados viniesen á halagar sus esperanzas. Ensanchando como podían el círculo de sus relaciones, con el apoyo y aplauso de una sociedad que les veía honrados, inteligentes y laboriosos, á pesar de las contrariedades que son los acompañantes indispensables de toda faena y las peripecias inherentes á las transacciones comerciales, consiguieron al fin crearse una posición honorable é independiente y pudieron decir que habían conquistado el porvenir.

Entonces D. Juan se fué á vivir en Europa, no á manera de paseante en corte que va á derrochar en cuatro días el fruto de un porfiado trabajo de muchos años, sino para perfeccionar su educación comercial y buscar para sí y los suyos nuevas fuentes de prosperidad en centros más á propósito para el completo ejercicio de toda su actividad y el desarrollo de todas sus fuerzas intelectuales.

Entre tanto, había formado ya su hogar, casándose con una bella joven guayaquileña, que al llevarle su amor,

le había llevado su apoyo en la ruda labor, y determinado el objeto de la lucha, es decir, la clara visión del porvenir.

Pero la muerte y la política iban en breve á deshacer lo que tantos años de sudor había costado: no era sólo el derrumbamiento de esperanzas en flor, —era la derrota final, la esterilización de toda una juventud, la dispersión de una familia, el destierro con todas sus amarguras, la pobreza con todas sus desesperaciones, la necesidad implacable de recomenzar la faena, cuando ya se han evaporado los primeros y más generosos entusiasmos y perdiéndose las fuerzas juveniles, cuando viene á hablar el recuerdo, en las horas de desaliento y soledad, desde el fondo de tumbas queridas que quedan al otro lado de los mares.

Su joven esposa enfermó con la enfermedad última, y D. Juan tuvo que venirse de Europa, precipitadamente, abandonándolo todo, en el momento mismo en que la fortuna comenzaba á sonreírle, pues nombrado agente en

Europa de varias casas de comercio guayaquileñas, pensaba en abrir grandes oficinas centrales de consignación y comisión en Hamburgo.

Cuando llegó á Guayaquil, se encontró con el cadáver de su esposa.

Hallóse también con otro cadáver: la República.



COMENZABA el Gobierno del Sr. Caamaño.

¡Líbrenos Dios de venir con la explosión de iras políticas delante de la tumba de un hombre probo, ni tomar la muerte de un ciudadano patriota como pretexto para las ardientes declamaciones de bandería! El Sr. Caamaño pertenece á la historia: es un reo sagrado, herido por el rayo de la indignación de sus contemporáneos. . . Pero ¡ay! forzoso es decir que en los días aquellos (1883-1888), luchar contra su administración, hacerla todo el

daño posible, jugarse la vida en una contienda desigual, no sólo era obra de patriotismo, sino también obra de justicia: no tanto obedecía á inspiraciones de bandería, cuanto á consejos de la prudencia y á los estímulos de la dignidad!.....

Don Juan Murillo entró en la conspiración de la República contra la autocracia conservadora que se había levantado á costa de los esfuerzos del gran partido liberal.

Fundó "El Telégrafo".

En las columnas de algún periódico, si la memoria no nos traiciona creemos que en las de "El Telégrafo" mismo, leímos, con admiración, en días anteriores, que el Sr. Murillo en nada había auxiliado á la revolución liberal por haber estado ausente de la patria durante más de diez años.....

Y qué? Son extraños los sembradores en el momento de cosechar el campo por ellos abonado?

"El Telégrafo" fue un grito de guerra en 1884: el cuartel general de los guerreadores de pluma: toque á soma-

tén, constante, terrible, implacable . . .

Y en sus oficinas de redacción, además de la labor de la idea, se hacía la labor de la resistencia armada que bien pronto incendió con fulgores rojizos los ámbitos de la patria ecuatoriana. Su Director y propietario lanzaba contra los victimarios de la libertad columnas de tipos de imprenta, al propio tiempo que se entendía con el Caudillo para lanzarles también columnas de hombres armados que, si no supieron vencer, porque les fué contraria la fortuna, supieron combatir con honra y morir con gloria, unos en la inmensidad del océano, en las selvas andinas y en los bosques occidentales los mas, y no pocos sobre el patíbulo que la tiranía levantó para ellos y que ellos santificaron con su sangre generosa.

Tal situación era muy violenta para que pudiese durar mucho tiempo.

Un día le cogieron á **Don Juan**, le pusieron á bordo de un buque, y le empujaron fuera de los confines de la patria.

Algún tiempo después moría "El Telégrafo".

¿Qué mucho que muriese? También la revolución había caído en su primera etapa, en esas aguas de Jaramijó que aún conservan el recuerdo inmortal de un combate digno de los tiempos heroicos de la Independencia y de un sacrificio legendario en los fastos de la historia ecuatoriana.

Pasaron tres años.

El silencio había triunfado. La enemiga fortuna les había vuelto las espaldas á los campeones de la idea liberal; y en medio de la general abyección, ya no eran necesarios los libertadores: bastaba con los mártires.

Los pocos que sobrevivieran al desastre, vagaban en países extranjeros como sombras funerarias llevando el duelo de la patria.

Entre ellos estaba D. Juan Murillo.



UCHILE ha sido siempre como una segunda patria para los ecuatorianos, sea cual fuese la opinión política de los nuestros que allá van á buscar un refugio para su peregrinación ó un campo para su actividad. En la Prensa, en el Comercio, en las Profesiones y Artes liberales hallan cabida los hijos de esta tierra, hermana de aquella, y á no pocos se les ha visto ocupar un puesto en las oficinas de la Administración pública. Es que allá la única cosa ignorada son las mezquindades del egoismo, y la virtud más

común, la hospitalidad cumplida, leal y franca. Este es el secreto de nuestro cariño á aquella Nación por tantos títulos heroica.

En ella fué á buscar nuestro Don Juan no solamente un asilo protector sino también aquella otra grande protección de la existencia llamada Trabajo.

Que los comienzos fueron penosos y rudos, no hay para qué decirlo. *¡El desterrado en todas partes está sólo!* —exclamaba Lamennais: y lo está mucho más, cuando padece de *la soledad de dos en compañía*, y su compañero invariable es la pálida Pobreza.

—En mis días de angustia,—le decía una vez el Señor Murillo al que estas líneas escribe,—jamás pregunté ni la cantidad de trabajo ni la remuneración de él: lo aceptaba todo, convencido de que rehuir la carga por pesada ó mal retribuida, cuando la necesidad apremia, no sólo es una cobardía sino una traición.—

Y todo lo aceptó, con alegría y gra-

titud, y merced á su constancia inquebrantable, á su honradez reconocida y á las prendas de su clara inteligencia, fué subiendo, subiendo, en tierra extraña, conquistándose un puesto honroso en una sociedad distinguida y enriqueciéndose á ojos vistos.

La imprenta fué su camino. Incansable con la pluma en la mano, hizo de esa pluma una palanca y del diarismo un campo de fecundo trabajo, sin despertar tormentas en su rededor ni dejarse ganar por la vanidad de lucir en primeras filas.

El infortunado Presidente Balma-
ceda le conoció, le trató y le apreció.

Dueño de una buena imprenta, asegurado con la protección de un Gobierno liberal, hombre de las confianzas íntimas del Jefe de una ilustre Nación, rico ya ó en vísperas de redondear una bien adquirida fortuna, el que en Chile había comenzado de corrector de pruebas y aprendiz de fotógrafo, estaba á punto de decir con Jesucristo *Nemo est propheta in patria sua*, cuando el desastre impensado

vino á herirle por segunda vez, y ya de manera irremediable.

Don Juan había nacido con el sino de ser víctima de las revoluciones, en su patria y en la ajena.

La caída de la administración Balmaceda le arrastró en su ruina, un incendio devoró la imprenta *Roma*; y el proscrito quedó otra vez frente á frente de su abrumadora soledad. . . .

El antiguo Sísifo, aquel herido de los dioses, vino á ser para él un símbolo asimilable á su propia fortuna: cuantas veces se acercaba á la cumbre cargado con el duro peso, cerca ya de la hora del descanso, la carga se le escapaba de los hombros, rodaba por la aspera pendiente, caía en ruina lamentable, ¡y vuelta á empezar!

IN el ínterin había dado á luz un libro sobre historia ecuatoriana, tomándola en el punto en que la dejara D. Pedro Moncayo (1876) y con ánimo de continuarla hasta 1888.

Ese libro es honrado y sencillo.— Los mismos enemigos del autor, los que le habían empujado al destierro, son tratados en él con leal veracidad: hace justicia á sus adversarios y malquerientes, y con impasibilidad casi heroica narra los acontecimientos sin bajar á la candente arena de las recriminaciones.

Obstáculos inesperados, impidieron la publicación del tomo segundo: dejó la narración en 1883: talvez fué lo mejor para el Sr. Murillo; pues harto difícil es escribir la historia contemporánea cuando hemos sido actores de ella: no solo actores — víctimas.

En el incendio á que nos hemos referido, perdió los documentos sobre que iba á basar la continuación de su relato, y perdió también otro libro inédito: la biografía de aquel veterano de las libertades públicas del Ecuador y benemérito de sus letras, llamado D. Pedro Moncayo. Al biógrafo y al biografiado les cupo la suerte igual de ver reducidos á cenizas las notas para la narración de la historia patria; y así como “El Ecuador de 1825 á 1876” es un compendio, la “Historia del Ecuador de 1876 á 1888” es un comienzo.

Fracasados estos dos libros, quédanos tan sólo la narración de Cevallos, incompleta, pues sólo avanza hasta 1845, y tímida, pues está hecha á la vista de los interesados en falsear ó

paliar la verdad de los acontecimientos. Documentos y testimonios no faltan; pero desgraciadamente á ellos han apelado, hasta ahora, únicamente, las iras del partidatismo político y la necesidad de la propia defensa.

SE acercaban ya los días del regreso.

Arrojados por una tempestad á playas extranjeras los viejos combatientes del partido liberal ecuatoriano, la misma tempestad les había de volver al suelo de la patria, en el gran día de las reivindicaciones nacionales. Muchos habían encontrado su sepulcro en el destierro; pero á lo menos los que volvieran habrían de ser libres.

Fué un profundo error del régimen oligarca el creer que el cadalso político y la presión de las bayonetas ha-

bían matado para siempre en el Ecuador el espíritu de resistencia, y que, por consiguiente, podía entregarse á cualquier exceso con tranquila impunidad.

Este error le perdió. Al entrar en transacciones indecorosas para el honor de la República, no hizo otra cosa que encender la mecha que había de inflamar el barril de pólvora sobre el que estaba sentado; y el barril voló con estallido formidable.

Fué tan súbita la explosión, que el pueblo ecuatoriano podía muy bien repetir, refiriéndose á los hombres que le habían gobernado durante doce años, aquello que el Deuteronomio dice del impío: *Et transivit, et ecce non erant: dixi: ¿ubinam sunt?*

Es que, aun para los pueblos vencidos y fatigados, llega siempre, irremediabilmente, el día del desquite: la sabiduría consiste en hacer de ese día la aurora de la libertad y de la civilización y no el del advenimiento del imperio de la venganza.

Y, más que todo, la sabiduría está

en preparar con paciencia el surco ignorado por la tiranía donde brota el germen de la libertad.

.....

.....

Por su posición misma en Chile, el **Sr. Murillo** pudo sorprender el secreto del crimen y denunciarlo á sus compatriotas. El primer paso de la reacción liberal estaba dado, y fué innegable la parte que tomó **Don Juan**, facultado como estuvo por el mismo Gobierno del Ecuador para observar las faces del negociado ilícito cubierto con la bandera de esta pobre Nación.

*
* *

Y cuando sonó la hora, el Sr. Murillo se apresuró á venirse al Ecuador, dejando todos sus negocios, abandonando el nuevo hogar que en Chile había formado: entonces era preciso el concurso de todas las buenas voluntades, de todos los elementos de prestigio y de lucha, para dar vida y fortalecer las instituciones que nacían sobre las ruinas del antiguo régimen.

Su primera obra al pisar, al cabo de doce largos años, el suelo querido de Guayaquil, fué resucitar el viejo *Telégrafo*.

Un simple acto de continuidad: se reasumía la lucha.

Porque, si no había tiranos á quien combatir, había quedado en pié la más formidable de las tiranías: la educación social viciada por una servidumbre de cincuenta años. El demonio de la Intransigencia: ese era el enemigo.

Y continuó la propaganda seria y mesurada, casi extraña en aquel momento de transición en que se empujaban las antiguas ambiciones y las utopías irrealizables, comprometiendo con su exageración el éxito final de la revolución del 5 de Junio de 1895.

Algún tiempo después, motivos de salud le trajeron á Quito, donde comenzó su obra educacionista resucitando ese cadáver en descomposición llamado Escuela de Artes y Oficios.

Su labor en aquel Establecimiento, merced á su impulso hoy en estado floreciente, es bien conocida de los habitantes de esta Capital; y cerca de ciento cincuenta huérfanos y desheredados de la fortuna que allí reciben amplia protección y adquieren armas

para la lucha por la vida, son buenos testigos de la constancia y afanes del que fué, más que su Director y Jefe, su cariñoso padre.

Nada diremos de "El Quiteño," diario fundado y sostenido por su laudable esfuerzo personal, pues íntimamente ligados á él, al Sr. Murillo, en la redacción de aquella hoja, cualquiera palabra de elogio sería considerada como manifestación de vanidad propia, la que, sábelo Dios, no se abriga en nuestra alma.

Lo únicos que apuntaremos es que ese periódico, muerto en la víspera del desaparecimiento del Sr. Murillo, no deja tras de sí el eco de una palabra malsonante. No á todos habrá su lectura agrado, ciertamente, pero creemos, que nadie puede decir de él que manchó sus columnas con desahogos personales ni que la injusticia fué su numen inspirador.

*
* *

LA muerte del Sr. Murillo ha sido como de un rayo. Seis días de enfermedad no es mucho para la juventud: para los que han traspuesto ya la cumbre y sienten sobre sí el peso de medio siglo, es una sentencia de muerte.

Cuanto la Ciencia, la Familia y la Amistad pudieron hacer por salvar al enfermo, se hizo cumplidamente. Resulta que su hora había llegado; y la pluro-pneumonía no fué sino el pretexto de la débil naturaleza humana

para obedecer los inescrutables decretos de lo Alto.

El más cumplido elogio que puede hacerse de ese hombre de bien dedicado todo entero al trabajo, es que su muerte, además de significar la horfandad y el desamparo de los suyos, deja sin pan á muchas familias á las cuales, al darlas honrado trabajo, las había dado los medios de adquirirlo.

*
* *

NADA más fácil que delinear en cuatro rasgos el carácter de **D. Juan Murillo**; formaban su fondo la laboriosidad, el desinterés y la modestia.

En esta ciudad atestiguó su amor al trabajo. Aquí tenía un diario, un establecimiento de fotografía y fotograbado, la Dirección de una Escuela de Artes y Oficios, la representación de una casa de comercio (La Italia) y el arrendamiento de unas valiosas haciendas situadas en el Norte.

Era además miembro de la Junta

Directiva del camino de Bahía y Presidente de una Sociedad política electoral.

En cuanto á desinterés y modestia, baste decir que, no obstante la antigua y buena amistad que le ligaba al Sr. General Alfaro, nunca quiso aceptar ningún destino de Gobierno: se contentó con seguir cultivando, en privado, dicha amistad, con más cariño por el hombre que apegó á la política.

Sus ideas en ésta eran tan amplias que, á fuer de tolerancia, rayaban en una singular moderación; presidiendo una calma y una cultura social ejemplares aun sus más empeñadas campañas periodísticas. Opinaba que la libertad no debía ser el patrimonio de determinada bandería, sino cosa común á todos, sin más límites que la ley ni más cortapisas que las necesidades del progreso y de la paz; y así defendía á los obispos como defendía á los liberales, siempre que estuviese la justicia de su parte.

Tal es el hombre que hemos perdido.

Sean estas líneas escritas precipitadamente una prueba del aprecio profundo que le profesó quien las ha trazado con mano trémula, y puedan ellas dar testimonio ante los ecuatorianos de la virtud y del patriotismo del que acaba de caer en la tumba después de haber marchado por los caminos de la vida haciendo el bien: *et transiit bene faciendo.*

Manuel J. CALLE.

Quito, 17 de Diciembre de 1900.